

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

Fortaleza espiritual

POR LUIS ALMERICH

CARTAS entusiastas, cartas cariñosas, algunas de altos méritos literarios, llegan hasta la redacción de GERMANIA. Todas elogian nuestro plan. Varias exaltan el atrevimiento de nuestra empresa y éstas son las que nos mueven a escribir las presentes líneas. Perdón, señores. En decir la verdad, en verter sobre el papel afectos honrados, voluntades firmes y juicios serenos, no hay atrevimiento. Ya sabemos que nuestra empecatada imaginación se escandaliza pronto ante la desnudez de toda cosa, por la duda de si debió de permanecer oculta, pero esto que es una regla de moral docente, no puede prevalecer como criterio para ceder ante las audacias injustas, ante las imposiciones perniciosas de los dictadores espirituales. No es atrevimiento que nosotros, hombres enamorados de una España fuerte y poderosa, temiendo verla rodar por la pendiente de lo estéril — la verborrea, el parlamentarismo, la indisciplina social —, sentemos firmemente el pie en el primer punto de apoyo que nos ofrezca la tierra, resueltos a no ser arrastrados por el vacío. Es un movimiento instintivo de apego a la vida que debemos conservar, no por un simple egoísmo humano, sino porque fué don de Dios y sería desprecio del don usar mal de ella.

Dejarnos llevar de la corriente, sería una cobardía peligrosa. Resistirla, vencerla si es posible, es conseguir la mitad de nuestra salvación. Y a ello vamos. Nosotros y vosotros, la generación que declina, la que está en vigor y la que nace, asistimos a la fatiga de la raza latina, harta de dar frutos benditos, pero ya debilitada por el exceso de fructificación. De unos años a esta parte, los hombres que piensan en cosas serias, vienen ocupándose de la vejez del latinismo. Y ¿por qué, si amamos este latinismo, no procuramos devolverle los elementos perdidos?

El problema de la neolatinidad no es una invención nuestra; ni siquiera se plantea ahora. Italianos, franceses y españoles llevan años debatiéndolo y si todos se han puesto de acuerdo en el diagnóstico, no ha sido así en los medios curativos. Conviene todos en que la raza latina envejecida y depauperada, necesita de grandes reconstituyentes, pero mientras Italia parecía buscarlos en Alemania, Francia sentía preferencias por Inglaterra y España por los latinos americanos que pueden ofrecer un cierto aire de renovación muy

estimable. Pero ni a Francia, ni a Italia, se les ocurrió esperar de España la savia nueva. ¿Es justo aguardar ahora de Francia — que no sabe transformarse y sueña para conseguirlo en un ingerto de anglo-sajonismo — nuestra mejoradora transformación?

Una moda que va cediendo, dió alientos a los partidarios del culto al dólar, pero la reflexión se impuso y la invasión de los exportadores de fortuna al menudeo, quedó reducida a límites prudenciales. Queda sólo una civilización distinta de la nuestra: la germánica, la que reza y labora, manteniendo vivo un adagio español que todos recordaréis: «A Dios rogando y con el mazo dando».

Y examinad Alemania, no ahora en que la guerra vela el faro luminoso de la ciencia y de las artes y del comercio y hace de cada sabio un centinela de la patria. Vedla en sus cuarenta años de paz, estudiosa, faenera, poseída de esta santa vanidad nacional que crea grandes pueblos, sin rebeldías, sin convulsiones populares internas, desarrollando sus iniciativas comerciales, y si después de examinar todo esto y de observar cómo esta orientación suya ha ido convirtiéndola en un pueblo formidable — tanto, que ha inspirado la envidia de Inglaterra —, no reconocéis con nosotros que en la raza germana están los elementos que vigorizan prudentemente aplicados nuestra latinidad, habrá que confesar que la raza latina ha entrado en un período de ceguera fatalmente cercano a la agonía.

Y este es nuestro atrevimiento. Exponer lealmente nuestra manera de sentir, sin temor al ambiente. Queremos que nuestro amor a Alemania no se alimente de rencores; deseamos que triunfe, no por animadversión a pueblo alguno, sino porque a través del problema internacional vemos las torpes maquinaciones dispuestas por los envidiosos, que en vez de mantener su hegemonía, redoblando sus esfuerzos progresivos, pretenden coartar la libertad de los demás que se esfuerzan por llegar a la soñada meta. Y lo deseamos también por la convicción de que la influencia germánica ha de ser profundamente reparadora de energías para el macilento latinismo.

¿Por qué los que amáis a Alemania, gustáis de velarlo a las miradas curiosas de los que la odian, quizás sin comprenderla? ¿Qué mal hay en ello, que juzgáis atrevidas nuestras confesiones? ¿No veis que así la injusticia se crece, y la ignorancia cunde, y la mala fe se convierte en dictadura y que acabáis por volver estéril vuestro amor, que habría de ser, ahora más que nunca, cosa viva?

No, no llaméis atrevimiento a nuestra sinceridad, ni os asuste la grandeza del plan, que hasta las montañas más altas puede escalarlas el hombre si tiene fe en su empresa. Tened, tengamos todos fortaleza espiritual para proclamar bien alto — para que nuestra voz sea oída, para que no haya dudas — nuestros amores y nuestros ideales.

Sentemos con firmeza el pie y para que la resistencia sea más poderosa, unámonos en haz de voluntades, hoy, mañana y siempre, y veréis como la corriente avasalladora no nos avasallará y como tras el desborde de las aguas brillará el sol que secará las salpicaduras. Creed que de esa riada de latinismo no va a quedar más que lo sano y lo digno de vivir. La carcoma cederá. Dejad que se la lleve la corriente.



La Ciencia internacional

POR H. DIELS

El espantoso conflicto mundial, que ha obligado a las naciones más cultas de Europa, a arrojarse unas contra otras, tomando parte activa en una horrible guerra de destrucción, necesariamente habrá ocasionado también la ruina de importantes obras intelectuales de incalculable valor.

A la par que el germano siente su pecho aligerado al ver desaparecer esta estéril paz, y desprenderse la máscara de los hipócritas sentimientos amistosos, dejando al descubierto las crueles facciones del verdadero odio contra Alemania, que desde hace tiempo sentimos agitarse en torno nuestro, debe el mismo alemán, que hasta ahora ha sido el más celoso intermediario de las relaciones internacionales, sentir el alma destrozada, al contemplar que los frutos obtenidos en los campos sin fronteras de la Ciencia universal, mediante tantos años de paciente y penosa labor, pasan de un solo golpe al mar de fuego de esta funesta guerra, y desaparecen allí hechos cenizas. Puede creerse que suenan ya en nuestros oídos las trompetas del Juicio Final: *¡Dies iræ dies illa solvet saecula in favilla!*

El autor de este artículo, que ha consumido una buena parte de sus fuerzas y el trabajo de toda su vida, en la esperanza de conseguir fundar una organización internacional de las Ciencias, está muy lejos de culpar, juzgándola superficialmente, a esta o la otra nación enemiga, ni de atribuir injustas responsabilidades, de este crepúsculo de la humana cultura.

Presente está el hecho de que nosotros los alemanes, somos los que más hemos sostenido la paz y mayores sacrificios hemos hecho por ella; que hemos soportado bastantes humillaciones sólo por no encender la tea de la discordia que podría producir el incendio mundial, que por fin este ha estallado contra toda nuestra voluntad, y él nos obliga a acudir en defensa propia y a empuñar la espada en lugar de los pacíficos instrumentos de labranza.

Lo más triste y fatal de esta situación es que todos los enemigos que hoy están contra nosotros en los campos de batalla, durante varios lustros, vienen señalando a la tranquila y bondadosa Alemania, como a la perturbadora de la paz mundial, sin querer hacerse cargo de que era su mala conciencia la que les hacía ver siniestros planes entre nosotros.

Ese miedo a los alemanes, ha constituido una verdadera obsesión para Francia, Rusia e Inglaterra, y no sólo no se calmó con la estrecha alianza de las tres naciones, sino que ha ido aumentando de año en año, en tales términos, que el que desde su retiro ha observado esa corriente de odio siempre creciente, ha visto acercarse por momentos la temida catástrofe. El pretexto que ha provocado la explosión de la pólvora acumulada, es hasta cierto punto indiferente, pero lo que tiene mayor importancia, es el demostrar como se extendió el convencimiento general en el extranjero, de que sólo podrá obtenerse la salvación común, mediante una guerra con Alemania.

Sobre este punto, ha servido para instruirme, un libro francés que se publicó la primavera pasada. Un profesor de medicina de la facultad de Burdeos llamado el Dr. R. Cruchet, describe bajo el título *Las Universidades Alemanas en el siglo xx*, sus impresiones de viaje (con más razón se podría decir: sus pesquisas de espía) a través de las Universidades alemanas. Un sabio muy apreciado en Alemania, *Camilo Julian*, miembro del Instituto, ha escrito el prólogo, y no podemos menos de horrorizarnos al considerar en lo que se puede convertir un distinguido representante de la cortés nación francesa, bajo el in-

flujo de la idea fija del *chauvinisme*. El autor del libro, durante su viaje fué recibido por todas partes, y en cuantas visitas hizo a sus colegas alemanes, con una franqueza y amabilidad que él califica en la página 83 del siguiente modo: *La extraordinaria amabilidad de los alemanes que a veces llega hasta a molestar...* le llevaron a todas partes, le enseñaron las clínicas, le acompañaron a los hospitales y sanatorios y fué el huésped obsequiado de los profesores en sus domicilios particulares, y ¿cuál ha sido la gratitud? Fotografíar descaradamente una operación que le había cedido un eminente colega de Heidelberg; dar a conocer a un catedrático de Giessen que le acompañó de buen grado a visitar una clínica y le brindó un vaso de fina cerveza para mitigar los rigores del verano, por medio de una alusión física, tan maliciosa como de mal gusto, y cree dar una prueba de ingenio, terminando el párrafo con esta frase final: *que la légendaire rustrerie de Giessen, s'était transformée en un aimable rusticité.*

En la misma forma agradeció la amabilidad de un conocido Neurologo como Erlanger, que actualmente reside en Leipzig, quien le invitó a su mesa, y la recompensa que le mereció esta atención, fué el describir a las señoras de la casa de un modo indigno de un hombre que se precie de caballero. En donde más se manifestó el pensamiento fundamental del ingrato folletista, es en el último capítulo de su obra, que dedica a tratar del estado actual de Estrasburgo, y en el que descubre francamente su propaganda francófila, con la pérdida insinuación de que las inmensas sumas que Alemania dedica al sostenimiento de las numerosas clínicas y hospitales que abundan en sus ciudades, se pagarán con la futura indemnización de guerra, *quand le moment sera venu, et nous aurons disparu sous la germanique ruée.*

Ese momento lo esperan los franceses sin el menor disimulo desde hace años, a pesar de que algunos de sus más eminentes sabios (sea dicho en su honor), han hecho toda clase de esfuerzos, en contra de la opinión dominante entre sus compatriotas, para llegar a una amistosa inteligencia con los círculos científicos de Alemania.

Cuando al terminar el pasado siglo, el Zar de Rusia (el mismo que ahora ha tomado la protección de los cobardes asesinos serbios, como causa para la guerra), publicó su manifiesto sobre la Paz, y tuvo lugar la primera Conferencia en El Haya, pareció que había llegado el instante oportuno de unirse entre sí todas las Academias de Ciencias, a fin de conllevar reunidos el peso de la inmensa obra del progreso de la Cultura social, trabajo que por su magnitud necesitó de la cooperación directa de toda la mentalidad humana. La Real Academia de Londres dió el impulso, siguieron las tres Academias de París, y cinco Academias alemanas (Berlín, Göttingen, Leipzig, Munich, y Viena) se apresuraron a aceptar la mano que se les tendía. En Wiesbaden se celebró en 1899 la Asociación internacional de Academias, no la primera, pero sí la más completa de cuantas organizaciones se habían llevado a cabo hasta ahora sobre el terreno científico. Sus solemnes juntas, que se verificaban cada tres años, se celebraron en París, Londres, Viena, Roma y Petesburgo. Más de veinte Academias, esparcidas en todos los ámbitos de la tierra desde Washington a Tokio, se adhirieron a sus acuerdos; se emprendieron trabajos de la más alta importancia, por ejemplo, una nueva edición de las obras de Leibniz, obra encomendada a la Academia de Berlín y a dos de París; una Enciclopedia del Islam, en los tres idiomas principales; un *Corpus Medicorum antiquorum*; una edición de la Mahâbâratha; las medidas completas del Meridiano africano; fundación de una comisión internacional permanente, dedicada a investigaciones cerebrales, etc., etc. Como la Asociación carecía de bienes propios, cuando se trató de utilizar los que por distintos conductos le habían ofrecido para facilitar el éxito de las tareas científicas, se tropezó con la dificultad de que las Academias francesas, que ostensiblemente habían recibido una advertencia de su Ministerio de Negocios Extranjeros, se negaron a aceptar ningún vínculo que les uniera definitivamente con sus colegas extranjeros. Esta desconfianza demostrada por los franceses (y compar-

tida en parte por los ingleses) que era franco indicio de que en el fondo estaba ya premeditado un brusco rompimiento, ejerció la perniciosa influencia de retrasar los trabajos emprendidos en común y de poner obstáculos hasta a los más sencillos trámites de las relaciones científicas internacionales.

En la junta general que tuvo lugar en París en el año de 1901, Mommsen y Delisle, entonces Director de las Bibliotecas de París, considerados como las dos autoridades más competentes en la materia, propusieron el libre cambio de los manuscritos, y elevaron la proposición al Gobierno. La propuesta fué aceptada por unanimidad por la concurrencia, y a propuesta de la Academia de Berlín, se acordó emprender los trabajos preliminares y empezar las negociaciones diplomáticas al efecto de obtener el necesario consentimiento de los respectivos gobiernos. A pesar de que los gabinetes de varios Estados europeos dieron el permiso para que los manuscritos existentes en sus Bibliotecas pudieran prestarse a entidades científicas, con fines beneficiosos para las Ciencias (entre estos Estados se cuentan a Holanda, Austria y en parte a Alemania) y aunque en la siguiente junta general que tuvo lugar en Viena en 1907, la mayor parte de las Academias renovaron su incondicional adhesión al proyecto, de pronto y cuando menos se esperaba, el representante de la Academia francesa, que seis años antes había dado voto en pro de la proposición, se manifestó ahora contrario a ella, bajo pretexto de lo muy peligroso que resultaba, el confiar documentos de valor al Correo; alegó varios pretextos por el estilo, asegurando que ese libre cambio de manuscritos podía ocasionar irreparables pérdidas. En su consecuencia, Francia e Inglaterra se negaron a tomar parte en esta cuestión y como justamente estas dos naciones (excepto Italia) eran las que más materiales hubiesen podido aportar al cambio libre de manuscritos, no tuvo suerte este ensayo propuesto por la Asociación. ¿Qué había, pues, sucedido entre 1901 y 1907 que tanto había cambiado la opinión de los sabios franceses? Eduardo VII había ocupado el Trono de Inglaterra, este monarca había concluido un tratado de alianza entre su nación, Francia y Rusia, había dado a sus aliados carta blanca sobre Marruecos, reservándose él Egipto, y proponiéndose el reparto de Persia entre él y sus amigos y por último, en la Conferencia de Algeciras había dejado sentir a la aborrecida Alemania, el peso de la Liga antigermánica,

Los ecos de todas estas maquinaciones, llegaron a Viena y ejercieron su influencia sobre la Asociación, a pesar de la honrada voluntad de varios sabios independientes, cuyos esfuerzos fueron paralizados por la desconfianza que la *Entente* logró esparcir sobre los ánimos. Nadie hablaba de ello y sin embargo pesaba sobre todos. Relaciones científicas internacionales, sin que pueda llegar a desplegarse por completo ninguna de sus ramas, vienen a ser como si en el comercio y la industria se entablaran recíprocas desconfianzas. Si no se riega y se cuida esta tierna planta, no puede esperarse que dé sazonados ni duraderos frutos y la situación política tiene que cambiar radicalmente, antes de que la semilla pueda brotar de nuevo. Ahora todo se ha perdido en medio de esta vorágine de fuego y muerte que ha destrozado los trabajos de la Cultura. Pero abrigamos la firme confianza de que una vida nueva surgirá de ese caos. Hoy mismo, puede, con justicia, citarse a Alemania como el lugar del orden más perfecto, a pesar de que la Historia del mundo, no registra situación más crítica ni peligrosa que la suya. La dirección de la guerra, obedece a los mismos procedimientos científicos de organización, que si se tratara de una conquista en los serenos campos de la Ciencia.

Una vez que haya pasado el odio destructor, siguiendo el parecer de los viejos filósofos griegos, volverá a renacer el amor que une, y de nuevo empezará este su consoladora obra. Entonces demostrará nuestra nación, que también sabe reedificar y según dice Geibel en su preciosa poesía, *La llamada del Herald*: «¡El Espíritu alemán saneará al mundo!»

Berlín, septiembre de 1914.

Las Universidades germánicas

POR EL DR. JOSÉ M.^a ROSELL

ME pide usted, señor Director, que escriba algo sobre Alemania para su Revista, alegando como argumento de fuerza — según usted — el que haya mi pobre persona permanecido muchos años en aquella nación. No sé si ocho son muchos, pero constituyeron los que más aprecio de mi vida; y aunque sólo sea para pagar algo de la gratitud sin límites que nunca sentiré disminuir hacia esa gran nación, que me permite considerar como mi más preciado título el poderla llamar mi segunda y admirada patria, haré los esfuerzos, que por mi carencia de tiempo han de resultar muy grandes, para acceder a su demanda, contribuyendo así a la noble empresa de cultura y justicia por usted iniciada.

¿Mas, sobre qué escribir? Si hubiera de poner en cuartillas todo lo que respecto ese incomparable Imperio he podido admirar, y admiro cada día más, a medida que me es dable establecer nuevas comparaciones, habría de ser extremadamente extenso, sin olvidar, por otra parte, que otras plumas mejores están llenando ya este noble cometido.

De los asuntos que usted me propone acepto uno: tratar de *las Universidades Germánicas*. En ellas se me ha permitido vivir, como súbdito académico, siete años; y tengo reunidos, además de las cosas vividas que no se olvidan, apuntes, algunos ya publicados y otros sin publicar, para poder ensayar un bosquejo de lo que son y cómo se hacen y enseñan las ciencias en esos centros de cultura mundiales.

Es este un asunto, no obstante, poco ameno para una Revista; pero ya que la que usted tan acertadamente ha fundado, al propio tiempo que recrear, se propone contribuir a que se conozca más y mejor la nación que con más indiscutibles méritos se ha ganado el título de maestra de naciones, procuraré poner de mi parte lo poco que me sea posible para cooperar a tan justa empresa.

Las Universidades, actualmente, pueden clasificarse en tres tipos: inglés, francés y alemán, a los que hay que añadir el norteamericano, que es el que más se aproxima al tipo alemán.

Las inglesas, cuyos representantes principales son las de Oxford y Cambridge, constituyen el tipo más antiguo, conservando las líneas generales de las Universidades de la Edad Media, debido al carácter tradicional de Albion. Son establecimientos independientes del Estado, que se mantienen y gobiernan por sí mismos; como fundaciones educativas, procuran una enseñanza práctica para la vida; su objeto es formar abogados, médicos y hombres instruidos, dejando la investigación científica a los que privadamente tengan afición para ella.

Las francesas son el término opuesto a las inglesas; la entidad universitaria en Francia se divide en Facultades, y cada Facultad es un establecimiento del Estado para enseñar determinada carrera o profesión. Como en España, los profesores son empleados del Estado, que los examina y nombra, y que monopoliza la enseñanza. La investigación y producción científica no les corresponde por obligación; su misión es también hacer médicos, abogados, etc., por encargo y para negocio del Estado.

Las Universidades alemanas, a cuyo tipo corresponden, con pocas diferencias, las de Suiza, Austria, Suecia y Noruega, difieren de los dos extremos citados, en: que el Estado las funda y mantiene a manera de subvención; pero son y viven completamente autónomas, gobernándose cada una con entera libertad por sí misma, y hasta eligiéndose y formándose sus profesores, y en: *que tienen por objeto y obligación, además de la enseñanza,*

la investigación y producción científica, enseñando la ciencia al propio tiempo y en el mismo hogar en que se forma.

Cada Universidad alemana posee tres fuentes que administra e invierte a su gusto: la paga del Estado; sus rentas y capitales propios, y las entradas que le proporciona la enseñanza.

El Estado no sólo no saca ningún provecho de la enseñanza, como ocurre en nuestro país y en muchos otros, sino, al contrario, es una de sus cargas con más solicitud llevadas.

El presupuesto ordinario que destina el Gobierno a las Universidades, pasa, por término medio, de un millón y medio de marcos anuales por cada Universidad, percibiendo algunas tres a cuatro millones al año de subvención.

En la estadística del año 1908, en que recogía estos datos, se consignan 37.456,218 marcos como gastos ordinarios de las 21 Universidades alemanas para dicho año, más diez millones para gastos extraordinarios.

El presupuesto de las Universidades francesas en el mismo año, fué en conjunto de 13 millones de francos, es decir, 10.400,000 marcos, o sea un cuarto, aproximadamente, del mismo presupuesto de las Universidades alemanas, que es de 45 millones de marcos, teniendo en cuenta que Francia tiene 16 Universidades y Alemania 21.

El presupuesto de la Universidad de Madrid para aquel mismo año fué de 655,000 pesetas, y el de la de Barcelona de 300,800 pesetas; mientras que la Universidad de Leipzig en el mismo año, con mil estudiantes menos que la de Madrid, tenía 3.098,000 marcos.

Además del presupuesto del Estado, tienen todas las Universidades alemanas bienes propios en posesiones territoriales, rentas, edificios, etc., siendo algunas riquísimas.

Por último, tienen las entradas de la enseñanza, exámenes, títulos, etc., cuyos ingresos van todos a la caja de cada Universidad; ingresos no pequeños gracias a las cuotas grandes con que los estudiantes han de ayudar también por su parte a pagar sus enseñanzas, si bien no paga ni de lejos los grandes gastos que con su enseñanza ocasiona. Cada estudiante abona, por curso: los de ciencias abstractas, teólogos, abogados, de 150 a 200 marcos; y los de ciencias objetivas, como medicina, etc., 300 marcos, término medio, por semestre; sumando en los diez cursos-semestres, sólo por derecho a cátedras y laboratorios, 3,000 marcos. El Estado paga a las Universidades por cada estudiante, en las Universidades de Prusia 592 marcos, y en las restantes 458; de modo que cada Universidad gasta según su riqueza total propia, y el número de alumnos, gastando en algunas hasta 1,300 marcos al año por estudiante.

Existe entre las Universidades una emulación, especie de concurrencia para atraer el mayor número de alumnos y elevar la nombradía; y es extraordinario el número de legados en capitales, territorios, pensiones, de varias clases, que se dejan a las Universidades para aumentar sus medios de enseñanza, estudio, investigación y comodidades. En muchas ciudades llaman a la Universidad *la heredera común*, debido a las muchas herencias que las Universidades acostumbran recoger.

En cada región universitaria alemana existen gran número de explotaciones industriales, terrenos de agricultura, bosques, rentas urbanas, etc., propiedad de aquellos centros docentes, cuyos capitales negocia y administra para dedicar los beneficios exclusivamente a la enseñanza.

Se encuentran, recorriendo Alemania, grandes extensiones de terreno que se llaman «regiones académicas», por ser propiedad de la Universidad; muchas, heredadas de siglos. Han llegado por esta forma, muchas Universidades a ser riquísimas y justificar el título que usualmente se da a tal o cual Universidad de «la archimillonaria alma mater». Todos los bienes de las Universidades están exentos de cargas y contribuciones.

Las Universidades conservan generalmente el viejo edificio primitivo por vía de monumento; pero al lado o alrededor de él, en medio de jardines y alamedas, se han ido cons-

truyendo edificios y más edificios, algunos verdaderas moles arquitectónicas, llamados institutos universitarios, casi uno o varios edificios para cada ramo de investigación o enseñanza y así tenemos: El Instituto o Institutos de Fisiología patológica, de Psicología experimental, Instituto para investigación de lenguas orientales, etc., etc., constituyendo estas regiones universitarias, a veces, como pequeñas ciudades o suburbios independientes: «*Die Akademischen Viertel*» donde, rodeados de amplios jardines y paseos, en medio de una idílica quietud exterior, se elevan los casi siempre espléndidos y brillantes *Institutos Universitarios*.

Aquí es, en estos santuarios de la ciencia, donde la maestra del mundo con su método, celo, constancia y positividad exclusivamente suyos, forja y ha forjado los verdaderos derroteros del saber y de la civilización y progreso que, por medio del siglo XIX, convirtieron el siglo XVIII en siglo XX, y *adonde han ido a alimentarse como a la más positiva fuente de ciencia y cultura para trasladarla a sus países* lo mejor de las juventudes de las demás naciones del orbe que, gracias a su maestra Alemania, hoy ocupan después y al lado de ella los peldaños más altos del adelanto y civilización. Podrían decirnos si es así, los más modernos investigadores de las Universidades norteamericanas, italianas, suecas, noruegas, japonesas, etc., que en su gran mayoría o casi totalidad, han ido a formarse y nutrirse a las Universidades germánicas. Y no menos le deben mucho de lo que en parte muy buena tienen las hoy actuales enemigas de su «*abárbara maestra*».

Casi puede afirmarse, y no sería muy difícil demostrarlo, confesado por ellos mismos y por las estadísticas, que: los más famosos investigadores que poseen las Universidades rusas y japonesas han salido de Universidades alemanas; y en el orden científico, Inglaterra misma, quedaría muy pobre en los terrenos de las ciencias si se desprendiera de lo que le debe a su envidiada prima Germania. De la cultura francesa no me atrevería a sacar números sobre lo que debe a la alemana, pero sí estoy cierto que gran parte de lo que no es oropel en la producción científica gala, es debido a haber sabido asimilar la germánica, orientándose por los buenos caminos, normas y bases de su vecina; y así lo reconocen en algunas citas que expondré más adelante, algunos de sus grandes prohombres científicos, antes de que hubieran descubierto que su vecina era «*une bábare*».

Aquí, en estas líneas, se trata sólo de la cultura científica, de la cultura universitaria, que es la que queremos exponer de la de las Universidades germánicas, comparándola al mismo tiempo a la de los demás países. Sobre las otras clases de cultura, será cuestión quizá de gustos en cada uno de sus aspectos, considerar si es mejor, por ejemplo, lo que con el nombre de militarismo significa en Alemania la voluntad de 70 millones de individuos que se organizan de un modo único y admirable en la historia, para impedir que otros pueblos que no puedan tolerar su progreso, les corten la vía de engrandecimiento que siempre en las razas fuertes y pujantes ha sido una ley universal, como lo es la caída de los que envejecen; o discutir si es forma más culta de civilización la que, llamándose autocratismo, represente por medio de un Padre Zar, un imperialismo que domina contra su voluntad un pueblo de 130 millones; o si es preferible una forma de libertad — igualdad o fraternidad — en que cada cual pueda hacer lo que quiera... excepto lo que no quiera la fracción gobernante del día si se le antoja a ésta que no ha de profesar religión o no ha de tolerar comunidades. Sólo una forma de cultura parece indiscutible, y es: la ideal, la de que un pueblo, sólo por tener más acorazados que ninguno, pueda hacer lo que quiera en el orbe entero y, naturalmente, en perjuicio de los demás.

Estos sistemas culturales, ni otros muchos, aquí, no hemos de tratarlos, y desde el próximo número empezaremos a ocuparnos exclusivamente de nuestro tema, que ha de ser, exponer en líneas generales el organismo de las fraguas de la cultura y progreso germánicos, estudiando lo que son las Universidades alemanas y cómo se forman, crean y enseñan en ellas las ciencias, las bases del adelanto y de la mentalidad del país germano.

El Kaiser y nuestros poetas

A l'Emperador de Alemanya Guillem II
en el LV aniversari de la seva naixença

(TEXT CATALÀ)

Salut, Emperador! La prepotent Germania
que forjà vostre cer en la enclusa del cor,
damunt la universal caòtica vessania,
dilata son esclat com una estrella d'or.

Deu vos trià d'enmig l'aristocràcia humana
per a salvar el món en est instant suprem.
Jo demano al Molt Alt que amb sa llum sobirana
coroni vostre cap, oh Emperador Guillem!

Visquèn cent anys! Que vegin vostres ulls la Victòria
aletejar damunt vostres sublims penons
i diguin an el món el cant de vostra gloria
envolcallats de fum i foc, vostres canons!

JOSEP GRANGER

Al Emperador de Alemania Guillermo II
en el día de su cumpleaños

(TRADUCCIÓN CASTELLANA)

Dios os salve, Emperador! La Germania prepotente
que forjó vuestro acero sobre el yunque de vuestro cora-
zón, en medio la universal caótica locura, resplandece
como una estrella de oro.

Dios os ha elegido entre la flor de las gentes para la
salvación del mundo en estos supremos instantes. Yo pido
al Altísimo que corone con su luz soberana vuestra ca-
beza, oh Emperador Guillermo!

Vivid cien años! Que logren contemplar vuestros ojos
la Victoria aleteando sobre vuestras sublimes banderas, y
digan al universo mundo el himno de vuestra gloria
vuestros cañones, ceñidos de humo y fuego!

El amor de Alemania a la paz

POR HOUSTON STEWART CHAMBERLAIN

EN los azarosos días porque atravesamos, no hay nadie que tenga gusto en ejercitar un artístico estilo. Junto al sacrificio de la vida que diariamente se hace por la patria, suena a hueca hasta la oratoria del mismo Demóstenes. Para nosotros sólo los hechos pueden tener interés hoy en día. «*Los hechos* — escribe Carlyle — sobrepujan al pensamiento; junto a ellos las palabras, no son más que un insignificante conjunto de sílabas», ¿pero cómo vamos a llegar hasta los hechos? Los materiales no ofrecen dificultad alguna; es más, nos salen al paso todos los días ¿pero cómo podemos penetrarnos de los hechos morales y de los intelectuales? Día y noche tenemos ante los ojos el hecho horrendo de esta guerra europea; pero ¿cuál es el *hecho* sobre el que se apoya esta hecatombe? ¿quién la ha querido? Los enemigos de Alemania afirman que ha sido esta nación la que ha alterado la paz, y que no podrá disfrutarla Europa mientras no se destruya a Alemania. ¿De dónde procede tan erróneo pensamiento? ¿Cómo es posible ocultar la verdad desnuda — el hecho — a millones de interrogadoras miradas? El que dice «*hecho*», supone la verdad. Un «*hecho*» fingido es un fantasma, una «*imaginación sin sustancia*» según una palabra de Kant. Pero justamente estos fantasmas suelen ejercer una fuerza diabólica sobre las imaginaciones de los hombres. La Prensa, cuya principal misión es extender la verdad por todos los ámbitos del mundo, ha caído en manos de algunos que cultivan el embuste en una escala desconocida hasta ahora. Lo estamos viendo a diario, en las noticias de la guerra, que publica la prensa extranjera. Sin embargo ¡cuanto más inocentes resultan las reseñas de falsas noticias, en comparación con el envenenamiento de la opinión pública en naciones enteras, por medio de mentiras premeditadas y durante años enteros sistemáticamente sostenidas! Oscar Wilde ha publicado un artículo con el nombre de *El Arte de la mentira*. Por esta ocasión hemos podido convencernos de que los compatriotas de ese distinguido escritor, son maestros en ese arte.

No pretendemos afirmar que los hombres de Estado en tiempos antiguos, marcharan infaliblemente por la senda de la franqueza y de la verdad más absoluta; pero la habilidad luchaba contra la habilidad, y el que se creía fuerte en artes diplomáticas era a lo mejor sobrepujado por otro más fuerte aún, en los mismos achaques; así puede decirse, por ejemplo, que el falso juego que empleó Richelieu, fué, en cierto modo digno de un gran Ministro.

Hoy día, se induce en error a las inocentes masas populares; en la época presente ningún hombre de Estado, puede suprimir la opinión pública, ni es posible a ningún país, al menos en la parte occidental del Dñna — declarar la guerra a otro, sin que la inmensa mayoría de su pueblo esté convencido de su necesidad; y como no hay pueblo civilizado sobre el haz de la tierra, que por solo capricho la desee, de hoy proviene la necesidad — cosa que Richelieu no se vió obligado a hacer — de presentar al pueblo bajo una forma verosímil, lo imprescindible de dicha guerra. Y aquí viene lo más horrible del caso; la mentira tiene la misma fuerza que la verdad, puesto que es creída. Basta para ello con atraer a su partido un cierto número de periódicos muy leídos, y por consiguiente influyentes sobre la opinión pública; marcarles la dirección que han de seguir y en pocos años puede darse como seguro, que se ha alcanzado el objeto. Nunca, en la Historia de los mundos se ha visto falsear la opinión de un pueblo tan desvergonzadamente y al mismo tiempo con tanta habilidad, como se ha falseado la opinión del pueblo inglés respecto a Alemania. Esa opinión inducida en error es la causa de la presente guerra. Desde un principio ha sido Inglaterra la potencia que ha sembrado la discordia, ella es la que ha deseado y traído

esta guerra. A la Gran Bretaña se debe el que Rusia se haya alejado de Alemania. Inglaterra ha sido la que ha intrigado constantemente en Francia contra nosotros. Puede ser que la causa de esa criminal política haya sido el error en que sistemáticamente se ha mantenido al pueblo inglés. No es más que un puñado de hombres, el que durante años enteros y con la mayor sangre fría, ha venido preparando la actual catástrofe, que ellos conceptuaban ventajosa para sus intereses materiales. La fuerza impulsiva era un Rey, la capacidad intelectual, un desalmado y corrompido diplomático, ferviente partidario de la antigua tradición inglesa, que emplea como sus mejores armas para los negocios de Estado, la hipocresía y la mentira. Como *Gerente* de esta sociedad que había de esparcir el error por todo Inglaterra, se escogió a un inteligente y despreocupado periodista, a quien todas las opiniones eran indiferentes, con tal de que redundaran en su propio beneficio. Ya entonces poseía varios diarios de distintos matices políticos y siempre fué aumentando su número hasta que el mismo *Times*, cuyas tendencias ya hace tiempo que dirigía, cayó también en sus manos. Hoy día, ennoblecido con un título de *Lord* — que oculta su verdadero nombre y su procedencia extranjera — se pavonea y hace lo que quiere del pueblo británico. Presentemos otro tipo de la colección. Desde hace años venían siendo verdaderamente repugnantes los informes que enviaba desde Berlín el corresponsal del *Times*. Es increíble la cantidad de mentiras, positivas y negativas, que este ser ajeno al menor vestigio de conciencia ha propalado, y a cuyas cobardes falsedades se debe una buena parte de la carnicería ocasionada por la actual guerra. Muchas veces he preguntado: pero ¿por qué no se arroja a latigazos a ese miserable desde Berlín hasta la frontera? Siempre he obtenido la misma respuesta: «No hay ley contra las mentiras». Esa ley es indispensable hacerla ahora, y que contenga este artículo: Los embusteros que turben la tranquilidad de Europa, serán ahorcados.

Y ahora, después de habernos ocupado de los *falsos hechos* que han acarreado la guerra contra Alemania, dirijamos la vista a los hechos ciertos, a los que nos presentan a Alemania como el único refugio de la paz. Concédase algún valor a la opinión de un extranjero imparcial.

Desde hace cuarenta y cinco años, sostengo continuas relaciones con alemanes, y desde hace treinta resido en tierra alemana; mi admiración por el arte alemán, el pensamiento alemán, las ciencias alemanas y todas las manifestaciones de la mentalidad de este pueblo, ha dado mayor acuidad a mis miradas, en lugar de ofuscarlas como sucede a muchos. El juicio que omito es completamente objetivo, tanto es así, que aun no me he podido acostumar a algunas cosas que me chocaron cuando por primera vez puse el pie en territorio alemán. Con Francia me unen los lazos de haber visto transcurrir en ella mi infancia, con Inglaterra los de la sangre, y ambos me preservan de la ofuscación y me imponen la imparcialidad.

Muy cierto es que he llevado una vida retirada y no he pretendido conocer el pueblo ni sus costumbres o inclinaciones, mezclándome en sus bullicios o algaradas; pero no lo es menos el que desde cierta distancia se ven las cosas más claras que desde cerca, y que en la soledad, el oído percibe con más limpieza los sonidos que en medio de la multitud, y por eso puedo dar con entera confianza el testimonio de que: *en los últimos cuarenta y tres años, no ha vivido un sólo hombre en Alemania que haya deseado la guerra, ¡ni uno solo!* El que diga lo contrario, *miente*, bien sea con intención o sin ella.

La posición que hemos ocupado nos ha permitido conocer a fondo al pueblo alemán, en todas las clases de su sociedad; desde Su Majestad el Kaiser, hasta los honrados obreros con los que tenía relaciones diarias. He tratado con profesores, sabios, comerciantes, banqueros, oficiales, diplomáticos, ingenieros, poetas, periodistas, funcionarios y artistas, todos con más o menos intimidad. Jamás he encontrado ninguno deseoso de marchar a la guerra, ni aun tampoco de prepararla. En cambio durante mi última visita a Inglate-

rra, que tuvo lugar en los años 1907-1908, encontré en aquella nación un alarmante y ciego odio contra Alemania, y una marcadísima impaciencia porque se llegara pronto a destruirla por medio de una guerra.

La ausencia de toda animosidad contra otros pueblos, es un trazo característico del carácter alemán, y también puede decirse que pertenece sólo al carácter alemán. Propenden más bien a conceder exagerada consideración a cuanto procede del extranjero; además, cada alemán está persuadido de [que por la posición geográfica que ocupa su patria, lo puede temer todo de una guerra, y en cambio tiene poco que ganar. ¿Cómo es posible que un pueblo como Alemania, que durante los últimos cuarenta y tres años, ha visto a su Industria, a su Comercio y a sus Ciencias, adquirir de año en año, mayor grado de esplendor, pueda desear una guerra que sería la destrucción y la ruina de los tres?

Veo que he traspasado el espacio que se me había concedido para este artículo; dejaré muchas cosas por decir y me limitaré por hoy, a dedicar un breve espacio a la esclarecida persona del Kaiser Guillermo. Solo él hubiera sido capaz de obtener un resultado tan definitivo. He visto al Kaiser, no con mucha frecuencia, pero sí en circunstancias muy favorables, que me han permitido la honra de cambiar impresiones con Su Majestad, alejados de la etiqueta de la Corte, y sin testigos. Jamás he repetido ninguna de las palabras que oí pronunciar al Monarca; no porque me confiara secretos de importancia, sino porque no puede preverse el efecto que tendrá una palabra caída de los labios de un hombre que ocupa una posición tan extraordinariamente crítica. Tampoco hoy quiero separarme de esa máxima. Pero no creo cometer ninguna indiscreción si revelo que en esa elevada personalidad se encuentran dos rasgos que son los *dominantes* de todos sus sentimientos, pensamientos y obras: la profunda sensación de su responsabilidad ante Dios, nunca desmentida y servida por una estrecha conciencia, y la enérgica, imperial, y —sino suena a paradoja— impulsiva voluntad de conservar la paz para Alemania. La potencia alemana, que tanto tiene que agradecer a sus cuidados, no debía nunca provocar una guerra, muy al contrario, se impondría la paz hasta a los que no la desearan. Sus hechos lo demuestran con entera claridad; aun durante estos diez últimos años, en que la situación casi era insostenible para el honor nacional de Alemania —y de esto ya se cuidaba Inglaterra— siempre ha sido el Kaiser, el que ha conseguido imponer la paz. No es esto decir que hubiera en Alemania un partido de la guerra como afirman los contrarios, eso no son más que mentiras del *Times*, pero sí había hombres de Estado pundonorosos y valientes soldados, que decían con razón: «Puesto que Inglaterra y sus compinches se empeñan en hacernos la guerra, démosles gusto». Pero la estrecha conciencia del Kaiser y su responsabilidad ante Dios, no podían aceptar este argumento, y su voluntad imperial, hacía volver la espada a la vaina. Ningún deseo —de ello tengo el más íntimo y profundo convencimiento— ha sido tan vehemente en Guillermo II como el de poder decir en la hora de su muerte: He conservado a mi Patria una no interrumpida paz, la Historia me llamará con justicia el *Kaiser de la Paz*.

Si Dios concede el triunfo a las armas alemanas y austro-húngaras, un triunfo completo y aplastante —según lo deseamos todos los que, aun no siendo alemanes, colocamos más alto el progreso y cultura de la Humanidad, que los convencionalismos nacionales— entonces y sólo entonces podrá disfrutar Europa una paz inalterable durante siglos enteros; entonces podrá realizarse también el supremo deseo del mejor y más grande de los soberanos tan villanamente calumniado por varios de los monarcas reinantes; con tanta gloria como él mismo hubiese podido desear; y cuando Alemania esté limpia de embustes y calumnias, entonces sí que merecerá pasar a la Inmortalidad con el nombre de *Kaiser de la Paz*; puesto que la paz que disfrutará el mundo será exclusivamente obra suya y de su ejército.

Bayreuth, septiembre de 1914.

Fragmentos de Historia

LAS LUCHAS EN HOLANDA ENTRE LUIS XIV
Y EL, ESTATUDER GUILLERMO DE ORANGE

POR FEDERICO HERNÁNDEZ ALEJANDRO

LAS dos villas de Swammerdam y de Bodegrave, compuestas de seiscientas casas, fueron reducidas a cenizas, quedando por casualidad una sola libre del furor de los soldados y del general incendio. Creían cumplir con un deber de religión destruyendo las iglesias de los herejes, sin exceptuar ninguna. Los edificios públicos en donde se administraba la justicia y se ejercía la vigilancia, sufrieron la misma suerte. Los soldados que habían formado aquel cruel designio, estaban provistos, al salir de Utrech, de mechas y materias combustibles: cerraban en las casas al padre y a la madre con sus hijos, para extinguir de un golpe a toda una familia; y cuando se movieron las cenizas y las piedras de las mansiones, se halló una infinidad de cuerpos medio consumidos y los hijos quemados en los brazos de aquellos o de aquellas que les dieron el ser. El príncipe de Orange, que llegó a aquellos lugares dos días después, encontró una multitud de niños con los brazos y las piernas cortadas, y otros cuerpos mutilados, que dejó algún tiempo sin dar sepultura para que los viesen los pasajeros con el fin de que aprendieran lo que debían esperar de los franceses...» (1).

La soldadesca se divertía en coger a aquellas inocentes criaturas por los pies, arrojarlas al aire y recibirlas después en las puntas de las picas o de las espadas; felices aquellos que en ellas encontraban la muerte, porque unos eran lanzados a las llamas, y para otros se ideaban nuevos tormentos. La avaricia, unida a la crueldad, animaba a los oficiales, a la par que al soldado; colgaban a los hombres en las chimeneas de sus casas, encendiendo en ellas un gran fuego, para que ahogándose y quemándose el humo de la hoguera y las llamas, les obligasen a descubrir el oro que poseían y que muchas veces no poseían.

Aquel territorio, el de Holanda, por orden expresa del rey, fué horriblemente esquilado y maltratado, y además de las sumas enormes que los infortunados habitantes tuvieron que entregar por contribuciones de guerra, confiscaciones, raciones y forrajes, los generales, intendentes, oficiales y soldados se apoderaban de todo lo que les agradaba, arrancando a los desgraciados sus últimos ahorros, la última alhaja, por oculta que la tuviesen, y sometiéndoles para ello a los sufrimientos más cruentos y pavorosos, hasta llegar al odioso asesinato (2).

«Violaban los invasores a las hijas a la vista de las madres, a las esposas delante de sus maridos...» Aquí pudiéramos relatar hechos de inaudita repugnancia, de bestialidad abominable, cuyo solo recuerdo llena de espanto el ánimo y aun la pluma, cual si fuera ser consciente, se resiste a describir. La Historia, augusta y severa, proclama la verdad horrenda, a la vez que agobiadora, de los hechos aludidos, la realidad torpe y brutal de aquellos ominosos sucesos; pero, siquiera como densa y negra bruma velen esos acaecimientos infaustos la memoria del llamado soberbiamente «Rey-Sol», la veneración que al pudor rendimos y el respeto que al decoro debemos, nos vedan narrarlos aquí, invitando a aquellos de nuestros cultísimos lectores que deseen recordar los oprobios en aquella injusta e implacable guerra consumados, a que fijen su atención en las páginas 559, 560

(1) César Cantú, «Historia Universal», tomo 5.º, pág. 559, de la edición española de 1876.

(2) «Historia de Francia, en particular de los siglos XVI y XVII», por el eminente historiador Leopoldo de Ranke.—Leipzig, 1867-1876.—6 volúmenes.

y 561 del tomo V, ya mencionado, de la obra inmortal del autor eximio de «Los herejes de Italia» y de «Historia de cien años».

No siendo bastantes a contener el furor de los soldados los suplicios y las torturas ordinarias, se inventaron otras extraordinarias. Despojaron de sus vestidos a las mujeres objeto de sus torpes apetitos, echándolas desnudas y maltratadas al campo, donde perecían de frío. Un oficial suizo que halló dos hijas de buena casa en tan triste estado, les dió su capote y alguna ropa blanca que tenía, recomendándolas, al llegar a su puesto, a un oficial francés, el cual, en vez de protegerlas, abusó de ellas, entregándolas luego a los soldados, quienes después de haber cometido los mayores ultrajes, las cortaron los pechos, las quemaron con las baquetas de los fusiles y dejaron los cuerpos expuestos en el dique que va desde Bodegrave a Woerden. A otras, después de amputarlas los senos, las echaban pimienta, cal y algunas veces pólvora, aplicándoles fuego para hacerlas morir más horrorosamente (1).

Después del 6 de abril de 1672, día en que Luis XIV declaró la guerra a Holanda, Condé, Turena y el Mariscal de Luxemburgo que mandaban los ejércitos, estando éstos nominalmente a las órdenes del altanero monarca, invadieron el pacífico territorio donde Guillermo de Nassau ejercía su soberanía de «Stathouder», funcionario o lugarteniente encargado del mando de las fuerzas terrestres y marítimas. Las tropas irruptoras perpetraron vandálicos asolamientos, depredaciones, pillajes y matanzas en las comarcas ocupadas, con lo que no hicieron más que aumentar la exasperación de Holanda (2).

Luis II de Borbón, príncipe de Condé, «le Grand Condé», era el jefe de uno de los cuatro cuerpos de Ejército que invadieron el laborioso país holandés; y no obstante haber aquél como general salvado la Francia y de haber inspirado su memoria una de las más sublimes oraciones de Bossuet, el vencedor de Rocroi y de Nordlingen, es uno de los hombres para con los que la Historia debe mostrarse inflexible, por el escarnio (principalmente en Holanda) que hizo de toda ley y por su profundo desprecio hacia lo que fuera sentimiento de humanidad y de conmiseración. Las tropas del invasor del Palatinado y de Holanda se distinguieron entre todas por sus saqueos, por su libertinaje y por su implacable crueldad. Fué, sí, Condé, un ínclito capitán; pero las huestes francesas de la segunda mitad de la décima séptima centuria, acaudilladas por aquél, cometieron actos de atroz violencia, «cual si fueran salvajes», como dice literalmente el célebre historiador por nosotros tan frecuentemente recordado.

Y aquel, su amo, Luis «el concedido por Dios»; aquel *«demi-dieu de Versailles qui souffrait d'une triste infirmité qui s'accorde peu avec la majesté olympienne et qui ne devrait frapper que les simples mortels»*; aquel hijo de Ana de Austria, a pesar de los panegíricos de Voltaire, elevados en su clásica obra «Le siècle de Louis XIV», a aquel «grand roi» que parecía ansiar desde la cuna el énfasis y la arrogancia, provocó una guerra que, como la de 1672, fué una de las enormes faltas en que cayó el César galo, al que lisongeramente se le llamó «Dieudonné» y el cual, embriagado de orgullo, tomó por emblema el sol, con la famosa frase «Nec pluribus impar»; y aquel poderoso monarca, no obstante el poema de Perrault, cometió en esa lucha una imperdonable iniquidad, consintiendo que se consumaran hechos de inconcebible barbarie, que la Humanidad execra y execrará mientras estén escritos en las páginas de la austera e inflexible Historia; y más noble, infinitamente más heroica fué la independencia de Massillon, al decir, con viril y cristiano acento; «Dieu seul est grand, mes frères», que las pomposas alabanzas tributadas por sus aduladores al que, con sangre, incendios y devastaciones, hizo aniquilar casi la patria gloriosa de Miguel Ruyter y de Pablo Rembrandt, de Desiderio Erasmo y de Nicolas Heinsius, hijos egregios de la libre Holanda.

(1) Jacques Basnage, «Annales des Provinces-Unies», 1717.—Basnage era francés, puesto que nació en Rouen, en 1653.—(2) Martin Philippon, «La época de Luis XIV».

Nuestro militarismo

UNA PALABRA DIRIGIDA A AMÉRICA

POR OTTO HINTZE

CON profunda sorpresa hemos leído, que hombres de sano juicio en América se han adherido a las protestas hechas en Inglaterra, contra lo que se ha dado en llamar el militarismo alemán; y nos parece de la más apremiante necesidad, pronunciar algunas palabras de aclaración para disipar la falsa idea que lleva en pos de sí esa palabra, y que no tiene otro intento que hacer sospechoso ante los ojos del mundo el carácter del pueblo alemán y crear una atmósfera contraria a la verdad.

Esa palabra cuyo sentido se falsea, procede del arsenal de la Democracia Social, y tiene sus raíces en la utópica y compleja fantasía de un ideal de paz que comprenda a todo el mundo, y al que vaya aneja la solidaridad internacional de las clases proletarias que creen poder substituir el sistema de naciones, hoy existente, con sus aspiraciones imperialistas y sus luchas tanto militares como económicas. Este partido, cuya conducta en la presente guerra ha sido más patriótica que sus doctrinas, encierra en la palabra *Militarismo* todo lo que en nuestra organización nacional pugna con sus teorías, así como la *Capital* abarca para ellos cuanto merece sus protestas en el orden social. Cuando, partiendo de este principio, contemplamos las caricaturas que llenan las hojas de los periódicos radicales, y en los que el lápiz sectario se ensaña con el fantasma del *militarismo*, sentimos la consoladora impresión de que no son estos insensatos, sino otras gentes muy distintas las encargadas de la responsabilidad política de nuestra nación, y nos reímos francamente de ellas, lo mismo que los ingleses cuando ven las caricaturas que los representan bajo la forma de John Bull, o los americanos en la del Tío Sam. Pero cuando americanos de conocida formalidad y competencia que no son ajenos a las condiciones y procedimientos de la política internacional, pronuncian un veredicto acusatorio contra el militarismo alemán, no podemos menos de pensar que están sugestionados y ven en su ofuscada fantasía lo que no existe, o no son imparciales en sus juicios.

A lo que se da el nombre de *Militarismo*, no es ningún producto especial de Alemania; es una muestra común de identidad que corresponde a todo el poder europeo del Continente, y que le distingue a éste de América e Inglaterra. El militarismo domina en Francia y Rusia con la misma fuerza que en Alemania y Austria-Hungría, y si en el ejército alemán se observa quizás mayor prontitud y capacidad para la pelea que en sus adversarios, eso depende de todas las cualidades del carácter reunidas, que hacen ser a nuestro pueblo más exacto y obediente en el servicio de las armas, que los demás vecinos que rodean nuestras fronteras y que hoy son nuestros enemigos.

Con frecuencia pasa inadvertido, o se olvida el hecho, de que las naciones europeas se hallan en una situación geográfica totalmente distinta, y en condiciones de existencia política muy diferentes que América y la Gran Bretaña. Estas dos naciones no tienen por vecina, del lado alto de sus fronteras, ninguna poderosa potencia militar que pueda tratar de oprimirlas. Inglaterra está rodeada por el mar en toda la extensión de su territorio, y ha procurado hacerse inexpugnable por medio de una poderosísima flota, que representa un extraordinario contingente de fuerzas militares. Los Estados Unidos tienen el mar por límite, por lo menos en dos lados, y en todo el Continente americano no hay ningún Estado que pueda calificarse de peligroso para ellos. ¡Qué diferente es la situación

en que se encuentra Alemania! ¡Está flanqueada por dos de las mayores potencias militares del mundo! Francia sostiene un ejército permanente que pasa de 600,000 hombres, y en Rusia llega a 1.400,000. Ambas naciones, desde ya hace años, tienen contraída una alianza cuya punta se dirige contra Alemania. Si Alemania quisiera seguir la proporción del «two power standard», como hizo Inglaterra cuando instaló su flota, debería tener un ejército constante de 2.000,000 hombres, y en lugar de esto sólo tiene 790,000. ¿Cuál armamento es el más temible para el mundo, el ejército alemán o la flota inglesa? El primero tiene un carácter eminentemente defensivo, y su empleo está indicado para defender nuestra independencia y nuestra posición social. La flota inglesa no se limita a servir de salvaguardia al Reino Unido y sus dominios y dependencias, sino que aspira a tener a perpetuidad el dominio absoluto de los mares; y esto, tal y como es hoy la situación de nuestro globo terráqueo, equivale a poseer la supremacía del mundo.

Los grandes ejércitos permanentes han sido aceptados por las naciones del Continente desde hace más de trescientos años. ¿Es quizás Alemania la que implantó esa costumbre? ¡No! El que no sea completamente nulo en Historia sabrá que el primer ejército permanente fué Francia en tiempo de Luis XIV, y las demás naciones del Continente no tuvieron más alternativa que sostener también ejército para poder defenderse, o aceptar, desde luego, el yugo con que el ambicioso monarca aspiraba a sujetar a Europa. Bajo el mando de Napoleón I, creció la influencia militar de Europa, hasta convertirse en una especie de Dictadura Universal. Alemania, entonces despedazada y sin fuerzas para reaccionar, ha necesitado estos tres siglos para su convalecencia política y para solucionar el dilema de si le conviene más ser martillo que yunque. Ahora nos servimos del martillo como arma defensiva contra nuestros enemigos, entre los que se halla también Inglaterra, y no podemos menos de ver, con legítimo asombro, el descontento que manifiesta Inglaterra al ver al militarismo alemán en lucha abierta contra el militarismo francés y ruso y contra el marínismo británico.

¿Por qué se lanzan siempre acalorados denuestos contra el militarismo y nunca contra el marínismo? Porque la influencia parcial de Inglaterra y sus intereses dominan a la opinión pública de los demás países; pero en realidad, la flota británica es una amenaza mucho mayor para los demás pueblos, que el ejército alemán. Cuando se profieren quejas contra el militarismo, no siempre se distinguen con bastante claridad los lados interno y externo de lo que se quiere designar con ese nombre. Es innegable que la necesidad de sostener un numeroso ejército en pie de guerra, ha hecho que adoptemos una forma de gobierno diametralmente distinta que la que se usa en América e Inglaterra. Nuestro pueblo no puede regirse por sí mismo como hacen en esos países. Necesitamos una fuerte dirección monárquica, una rigurosa disciplina, también en la vida social, y una minuciosa similitud del servicio militar sobre todos los terrenos. Hasta en la escuela y en la industria se observa la necesidad de una saludable sujeción. Los ingleses y franceses se sienten muy inclinados a conceptuar esto como una falta de libertad, indicio de un grado muy bajo de civilización; y no necesitamos añadir que este juicio va acompañado de una muy exigua cantidad de simpatía. Herbert Spencer describió lo que él entendía ser una sociedad guerrera en contraposición de la sociedad industrial, calificando a la primera de retroceso en el desarrollo social, por ser producto del poder despótico. Muy acertado fué el juicio de Sir J. R. Seeley en su Prólogo de Ciencia política (Londres, 1902), que lleva por fundamento, que para conocer la verdadera situación internacional que ocupa un país, es preciso fijarse primero en la estructura y en sus condiciones interiores, y estudiarlas detenidamente. Dice dicho autor en la página 131 de la obra que hemos citado: «Si contemplamos un Estado en plena prosperidad, con magnífica situación económica y amplios territorios en donde esparcirse, puede éste disfrutar también una abundante dosis de libertad; pero si por el contrario, hay que luchar con serios obstáculos, en medio de una escasez general

y rodeados de peligros, entonces se impone una libertad muy restringida y un gobierno de fuerza. De esto puede sacarse la conclusión razonable de que el grado de éxito de un gobierno puede fijarse por la comparación con el grado de libertad concedido y, en sentido contrario, con la presión exterior».

Ejemplo histórico de lo anteriormente expuesto, ofrece la Prusia del tiempo de Federico Guillermo I, y otro ejemplo histórico de naturaleza distinta puede verse en América.

Este es el parecer de un historiador y político de la escuela de Ranke, que ha prescindido de la parcialidad de Inglaterra de que él mismo se lamenta. Sus declaraciones dan una idea exacta de lo que puede conceptuarse como militarismo interior. Aun me permitiré expresar aquí lo dicho por Luny, que no me parece inoportuno dar a conocer, y es que muchas veces se califica de libertad lo que no es más que falta de fuerzas en el gobierno, y que debe distinguirse de la libertad personal del individuo y de la libertad de conciencia; es decir, la libertad de la persona y de la propiedad, que constituye una de las primeras necesidades de la civilización moderna. De esta clase de libertad no andamos escasos en Alemania, como puede atestiguar cada ciudadano de América o Inglaterra que haya visitado nuestra patria. Semejantes garantías constitucionales para asegurar la libertad individual, existían ya en Prusia en el «Derecho general» del País, desde 1794, y fueron el fruto del llamado *Absolutismo ilustrado* de la época de Federico el Grande. La libertad de la Persona y de la Propiedad, de la Conciencia y de la Prensa, en alto grado de administración autónoma, y la vida pública garantizada por la Constitución, son perfectamente compatibles con nuestro militarismo, que no es ninguna consecuencia de Civilización primitiva, sino una imprescindible condición para la vida, impuesta por nuestras particularidades políticas y geográficas.

Se ha vuelto muy difícil el conquistar una situación respetable en el mundo, y mucho más aun para los que no tienen sobre el globo terráqueo las situaciones ventajosas que ocupan Inglaterra y América. Hemos tenido que luchar derramando torrentes de nuestra sangre, por nuestra existencia, por nuestra libertad, por nuestra independencia y nuestra cultura; y nuestra situación geográfica nos ha obligado en el pasado, y nos obligará en el porvenir, a estar constantemente alerta. Durante la ruda campaña que sostuvimos en 1813 por conseguir nuestra libertad, introdujimos el sistema del servicio obligatorio, que las demás naciones han copiado después. Esta Institución, que para nosotros tiene un carácter nacional sagrado, ha convertido el ejército permanente que sostenemos; desde una tropa asalariada, como antiguamente eran todas las que servían en las naciones europeas, y hoy aun se conserva en Inglaterra, en un verdadero ejército nacional. Nuestro ejército es el pueblo en armas. Cada hijo de Germania, capaz de empuñar las armas y de soportar los rigores de la guerra, acude al campo de batalla a defender la patria; y el que no se halla en estado de poderlo hacer, mira con mal disimulada envidia a los dichosos que pueden sacrificar su vida en holocausto de los más caros intereses de nuestra existencia; pero los que permanecen en sus hogares también prestan servicios valiosos a la causa común por medio de donativos que suelen implicar sacrificios pecuniarios y de participación en los trabajos que conducen al bien de todos.

Es una opinión completamente falsa la que con gran sorpresa nuestra vemos extendida entre la prensa extranjera, la que afirma la existencia de un poderoso y aristocrático partido militar al que llaman: *el grupo de cortesanos*, de Potsdam, y sobre el que dejan caer la responsabilidad de esta guerra. Esto constituye un error crasísimo. El Kaiser, de acuerdo con su Gobierno, se ha visto obligado a tomar esta determinación penosa por la fuerza de las circunstancias, y todo el pueblo, como un solo hombre, se ha apresurado a acudir a su llamada en medio del mayor entusiasmo y sin la menor distinción de partidos políticos. Ese militarismo lo tenemos todos metido en la masa de la sangre, porque sabemos que sobre él descansa el honor y la seguridad de la patria. La enérgica declaración

de los profesores alemanes, que uno de estos días verá la luz pública, demuestra que la mentalidad alemana tomó una parte activa en este asunto. Sólo la Universidad de Berlín tiene, en estos momentos, 66 de sus catedráticos y miles de alumnos en los campos de batalla, y los demás Centros de Instrucción oficial del Imperio no se quedan atrás en seguir tan brillante ejemplo. No vale la pena de molestarse en rechazar la suposición de que esta guerra es la obra de un partido militar cortesano. No puede estar más a la vista que se trata de un levantamiento en masa del pueblo alemán, para defenderse de un alevoso ataque de sus vecinos planeado con premeditación. Hasta los que combaten las teorías del militarismo, los adeptos al partido de la Democracia social, penetrados de la justicia de la causa, han sido los primeros en empuñar las armas, sintiendo arder su pecho en el más puro patriotismo. Ni uno solo ha dejado de acudir a ocupar su puesto, obedeciendo a la voz del deber. El diputado de la minoría social democrática, Doctor Frank, que murió heroicamente sobre el campo del honor, a pesar de sus cuarenta años cumplidos, acudió a alistarse, como voluntario, bajo las banderas del Imperio.

¡Ese es nuestro militarismo! Regamos los campos de batalla con la sangre de nuestra juventud, sin que deje de derramarse también la de nuestras más elevadas clases sociales. Hoy día luchan en las fronteras rusas y francesas distinguidos y celebrados poetas, artistas, sabios, comerciantes, industriales y propietarios rurales. Inglaterra se contenta con enviar a la campaña todos los sin trabajo, que por no encontrarlo en la organización social venden su vida por una módica retribución. ¿De qué lado está, pues, la fuerza moral en la guerra que sostenemos?

Los ingleses conducen esta lucha como expertos comerciantes. La sangre de la nación, la inmensa masa de sus hombres acomodados e instruidos, se hallan tranquilamente en su casa; y para evitar los peligros de una invasión, los miembros de su gobierno esparcen por el mundo las más atroces calumnias contra nosotros, para presentarnos a los ojos del mundo como a los enemigos del reposo público. Además, como ni su ejército ni su flota son suficientes, lanzan contra nosotros a los mongoles, los indios y los portugueses. Los oficiales y soldados de su ejército expedicionario, sólo ven en la guerra una especie de *sport* y quedan muy sorprendidos de que nosotros tengamos distinto concepto de ella. Esto es una de las fundamentales diferencias de criterio que existen entre ellos y nosotros. Para nosotros la guerra significa la lucha por la existencia, ellos la conceptúan como un juego en el que se puede ganar o perder; para la Gran Bretaña la guerra, generalmente es una cuestión en la que el principal interés consiste en saber si el comercio se perjudicará mucho o poco, y si la contribución subirá más o menos; nosotros consideramos la guerra como cuestión de ser o no ser, y en ella vemos la necesidad de defender a nuestra tierra, a nuestras mujeres y nuestros hijos. En el fondo somos un pueblo pacífico, esto lo sabe el mundo, o lo debería saber. Bastantes veces se ha dicho en el interior de nuestro Imperio, que sufragamos los elevadísimos gastos de nuestro ejército como una especie de cuota de seguros contra la guerra; nuestro Kaiser es uno de los monarcas más amigos de la paz que han existido; de ello dan testimonio los veinticinco años de su reinado. Sólo a la fuerza nos han obligado a empuñar nuestra legendaria espada; pero una vez que ésta sale de la vaina, el mundo debe experimentar que no se altera impunemente nuestra tranquilidad. La divisa de armas que nuestro Soberano adoptó en una ocasión, es la que hoy lleva todo el pueblo alemán: *Nemo me impune lacessit*. La guerra es para nosotros la más grave de todas las cuestiones, esto deben de experimentarlo también nuestros adversarios. Es una mentira tan escandalosa como infame, el pretender que muchos soldados se han entregado a perpetrar crueldades innecesarias; el mundo conocerá la verdad cuando hayamos destruido ese semillero de mentiras, de esa funesta Inglaterra, que es la que las ha desparramado por el mundo. Siempre hemos sabido respetar y portarnos dignamente con un adversario leal; pero cuando un pueblo entero se esconde bajo la protección del traje civil para cometer

toda clase de traidores atentados contra nuestras tropas, entonces, se impone el hacer uso del derecho de guerra, hoy lo mismo que en 1870. En donde cada casa es una fortaleza y cada hombre un enemigo, forzosamente han de ser crueles los procedimientos de la guerra. Un empleo concienzudo de las armas, sin consideraciones superfluas ni inútiles sensiblerías, para obtener el objeto que nos proponemos alcanzar por medio de la guerra, pero sin salirnos ni un ápice de estos límites, esa es la base fundamental sobre la que asentamos nuestros procedimientos en la guerra; nadie podrá tacharlos de injustos; que se compare la dirección que damos a nuestra guerra y la de los rusos, y podrá apreciarse la distancia que separa a un ejército civilizado de unas hordas semi-bárbaras.

Culpa es del gobierno belga y de sus consejeros ingleses y franceses, si nos hemos visto obligados a usar tan rigurosas medidas contra este país. Nuestro paso a través del territorio belga, era una imprescindible necesidad impuesta por la táctica militar; se trataba de un caso de fuerza mayor, y nosotros quisimos indemnizar a Bélgica; pero la neutralidad de Bélgica no era más que un deslumbrador fantasma; esta nación desde tiempo atrás estaba conjurada con Francia e Inglaterra y hoy sufre las consecuencias de una política falta de honradez.

No trataré estas cuestiones a fondo; pero he tenido que nombrarlas, puesto que de una manera indirecta están relacionadas con el tema que me he propuesto tratar, o sea con nuestro decantado militarismo. No he querido más que explicar que la base de los medios empleados consiste en la aplicación de las fuerzas militares de que disponemos, sin debilidad ni vacilación y con el propósito de vencer a nuestros enemigos. Esta clase de militarismo, sí, reconocemos poseerlo en alto grado. Sería sumamente cómodo, para nuestros enemigos, que en el juego de la guerra nos dejáramos imponer las reglas que ellos tuvieran por conveniente; pero nunca les complaceremos en eso, porque la guerra, para los alemanes, no es un juego, sino una necesidad tristísima.

Cuando Lord Haldane trata de halagar a su pueblo afirmándole que el fin de esta guerra no es otro que el de destruir el militarismo alemán, eso quiere decir el aniquilamiento de la libertad y de la independencia alemana; en una palabra, la completa ruina del Imperio alemán, porque el llamado militarismo es la condición precisa de nuestra existencia, impuesta por nuestra situación geográfica y política. La observación hecha por Lord Haldane, de que el militarismo oprime toda expansión intelectual en la nación alemana, es tan absurda que no vale la pena de refutarla; todo el que se quiera tomar el trabajo de observar nuestra organización interior, encontrará justamente lo contrario. Naturalmente que sería muy preferible para nuestros servicios el que Alemania permaneciera alejada del trato mundial, siendo la patria de los poetas y pensadores, como ocurría en el siglo XVIII. En el XIX nuestros ideales se han convertido en más prácticos y patrióticos, y el militarismo no ha impedido que luchemos ventajosamente con Inglaterra en su propio terreno, y que seamos para su comercio, su industria y su navegación unos contrincantes peligrosos. Las esperanzas de Lord Haldane quedarán por esta vez incumplidas. Es más: mucho temo que el resultado final de esta guerra sea el que la Gran Bretaña se vea obligada a copiar en cierto grado el odioso militarismo alemán. Esto no sería ningún peligro ni perjuicio para la situación general del mundo, porque consideramos el militarismo alemán como un tipo de Ética y un grado de Civilización mucho más elevados que los que hoy posee la Gran Bretaña.

Berlín, octubre de 1914.



Cosas de la guerra

RUSIA

Por RAFAEL RASOLDEL

SIGUE la atención puesta en Rusia, de donde ha de venir la solución de esta gran guerra; y por más que tengamos la evidencia de que queda poco que hacer en el Imperio de los Czares, haremos un ligero bosquejo de su actual situación.

Por más que los rusos trataron de aminorar las pérdidas que en la «Batalla de Invierno» sufrieron, el detalle de caer prisioneros del Estado Mayor, el general en Jefe, el general en Jefe de Artillería; los generales de las 28 y 29 divisiones de Infantería y el general de la primera brigada de la 29 división. Del tercer cuerpo de ejército: el general de la 27 división y de esta, los generales de Artillería y de la segunda brigada. El general de división de la 53 de reserva y el general de la primera brigada de Infantería y finalmente, un general de brigada de la primera división de cosacos siberianos, es el argumento más irrefutable de la derrota sufrida en la batalla de la Masuria.

Para tener una idea del verdadero estado del ejército, la orden que transcribimos nos la da muy clara:

«Cuando estuve antes de ayer en Varsovia, vi en las calles de la ciudad un número excesivamente grande de oficiales, médicos militares y soldados que paseaban con mujeres. Esto prueba la *inactividad* de estos militares, su falta en el cumplimiento del deber y la defectuosa inspección por parte de sus Jefes, que permiten tal abandono del servicio. Desde mañana este desorden tiene que cesar y todos los oficiales deben volver en seguida a sus respectivos regimientos, donde quedarán para siempre; que *no olviden que estamos ahora en guerra*. Los oficiales sin mando estarán a disposición del Comandante de mi Estado Mayor, lo más tarde mañana, para ser enviados a otros regimientos que necesitan oficiales. Todos los oficiales y los demás militares deben hacer durante la guerra su servicio o ejercicio con los reclutas. Las horas de descanso deben aprovecharlas en su regimiento. Todos sus excesos deben suprimirse, para no dar a las tropas un mal ejemplo y no perder su confianza. — Iwanow.

Urgente. Por orden del Comandante del cuerpo para su inmediata ejecución. Jefe de Estado Mayor del 2.º Cuerpo siberiano. — Danilow, mariscal de Campo».

Mucho material de guerra han perdido los moscovitas y para evitar en lo sucesivo se repitan hechos de esta naturaleza, dieron la orden siguiente:

«El Jefe supremo hace constar que en el pasado período de la guerra algunos cuerpos y divisiones han perdido una *gran cantidad de cañones y ametralladoras* y las pérdidas no siempre han correspondido a la situación del combate. Su Alteza Imperial ordena llame por esta causa la atención de los comandantes de los ejércitos sobre la necesidad de cuidar mejor el material de guerra, pues es *muy difícil su reemplazo* y además porque es muy triste que nuestros enemigos se enriquezcan por el abandono de nuestros cañones y ametralladoras. Al mismo tiempo ordena Su Alteza Imperial a todos los comandantes, que castiguen a los militares que sean culpables de no cuidar con el esmero que requiere dicho material. — Scheideman».

Añádase el empuje ofensivo de las fuerzas austro-húngaras en los Cárpatos, las cuales lo ejecutaron de un modo tan inesperado, que regimientos enteros, que se hallaban en los distintos valles de aquellas montañas, sin ningún apoyo de Artillería, fueron destrozados

totalmente por los cañones austriacos. Algunos escritores califican estas pérdidas «como las más graves de toda la campaña».

El pueblo rumano, en general, nunca creyó las noticias rusas, las cuales afirmaban que las tropas moscovitas trataban muy humanamente a la población rumana de la Bukovina. El diario de Rumanía *Adeverul*, conocido por sus tendencias rusófilas, ante los desmanes cometidos, se ve obligado a confirmar las crueldades hechas por los rusos y por lo tanto, las dudas que aun existían respecto a la conducta observada por los soldados del Czar, desaparecen por completo.

El notable literato rumano Michael Sadoveau, publica en el *Universul* un emocionante relato de los sufrimientos de sus compatriotas en la Bukovina, motivados por el proceder de los moscovitas.

Antes de abandonar Kimpolung que está al Sur de la Bukovina, los rusos se dedican al saqueo de las casas particulares, cometiendo verdaderos horrores; sobre todo, en la noche del 4 al 5 de febrero, la desesperación de los habitantes llegó al colmo. Con objeto de que los vecinos no pudiesen defenderse contra los cosacos, éstos encerraron a la policía y a todos los hombres armados en la Casa Consistorial.

Los oficiales rusos mandaron embalar todos los mejores muebles, tapices y objetos de valor que hallaron en las principales casas de la población, y cargándolo todo en carros, se lo llevaron fuera de la ciudad.

El estado en que se halla Varsovia es completamente desesperado; en los hospitales no caben más heridos y ahora se han enviado 50,000 heridos procedentes de los últimos combates. Cuatro mil casas particulares están vacías; los periódicos se publican en tamaño reducido, y el papel que emplean, es de color, porque el blanco se ha terminado.

Durante la noche la ciudad está sumergida en una completa obscuridad, por temor a los ataques aéreos. Los constantes transportes militares, impiden el envío de víveres por las líneas ferroviarias y la mortalidad aumenta en grandes proporciones.

En Rusia, todas las fábricas y casas de comercio están paralizadas por completo y desde el principio de la guerra el precio de las subsistencias han subido: la sal un 5 por 100; la harina de centeno 18 por 100; el mijo 21 por 100; la sémola de trigo sarraceno 51 por 100; la manteca un 14 por 100; el heno y la avena del 12 al 20 por 100.

En Moscovia son mucho mayores los precios y de aquí que toda la clase obrera esté sumida en la miseria.

En cuanto al ejército, los reclutas últimamente incorporados a filas, van vestidos con trajes de paisano, porque no tienen, ni pueden adquirir uniformes. Los últimos prisioneros, en cuanto se acercaban los oficiales alemanes, para preguntarles que deseaban, «¡Hunger! ¡Hunger!» exclamaban, pues estaban desfallecidos y no tenían más que ¡hambre!

Ahora están trabajando los revolucionarios y agitadores de distintos partidos políticos rusos, para sublevar al ejército en provecho propio. Con este fin, reparten innumerables proclamas entre los soldados, recomendando aprovechen las victorias alcanzadas para obligar al Gobierno, a que realice sus ideales fundamentales y firme pronto la paz. Estas proclamas las envían con grandes precauciones, en paquetes postales, escondidos en el forro de la ropa, o en cajas de doble fondo.

El alto mando ruso, ha publicado una circular dirigida a los cuerpos, conminando con duras penas, al individuo que posea alguna proclama y no la entregue inmediatamente a sus Jefes.

Finalmente, con sólo copiar el siguiente comunicado oficial ruso, deducimos la magnitud de la derrota sufrida cerca de los lagos masúricos.

«El hecho — dice — de haberse presentado en la Prusia oriental, nuevos cuerpos de ejército alemán, nos obliga a cambiar completamente nuestra situación, siendo neces-

rio que nos retiremos para formación de nuestras tropas y darlas una posición más concentrada, acomodándolas a un terreno resguardado por nuestras fortalezas. Se puede suponer que ahora se realizarán largos combates que han de decidir definitivamente el destino de la Prusia oriental, y esta circunstancia exige que en lo futuro las comunicaciones referentes a los combates en esta región, sean redactadas en forma breve, porque tiene que guardarse el secreto más estricto sobre el plan de guerra.»

La acción de las escuadras aliadas sobre los Dardanelos, ha causado una revolución en los países, cuyas miras estaban fijas en Constantinopla.

Con bastante frecuencia hemos leído en la prensa francesa, que Grecia, no sólo estaba de parte de los aliados, sino que únicamente faltaba el pequeño detalle de designar las fuerzas helénicas que habían de contribuir con su esfuerzo, al triunfo de su causa y como castillo de naipes, han caído sus ilusiones.

El Rey Constantino, opinando de distinto modo que su Consejo de Ministros, bien porque el embajador de Alemania advirtiera, que su nación unida con Austria, declararían la guerra a Grecia el mismo día que ésta rompiera contra Turquía, bien porque el monarca, atendiendo al porvenir de su patria, crea que uniéndose ahora a Inglaterra, al final de esta gran guerra, dejaría de ser independiente por encontrarse encerrada en todos lados por la Gran Bretaña, dueña de Gibraltar, Suez y Dardanelos, o bien vea comprometidos seriamente los territorios poco ha anexionados y a costa de tanta sangre conquistados, y por estas razones, no aprueba la política de su Gobierno, que desea salir de la neutralidad, aunque, con harto dolor tenga que prescindir de su primer ministro Venizelos, hombre hábil y prudente, el cual tantos días de gloria y esplendor ha dado a su nación.

Por otra parte el deseo de Rusia, desde tiempo inmemorial, es la posesión de la ciudad de Constantino y procurar su natural salida al Mediterráneo, con el paso libre de sus flotas a través del Helesponto. Y no olvida, que el veto puesto por las naciones, fué un factor capital en el desastre marítimo ruso, porque si las escuadras de Rojestvenski y Niegattof, hubieran podido alistarse en Sebastopol, en lugar de Libau y las convenciones internacionales hubiesen permitido que este puerto del Mar Negro, fuera la primera base naval moscovita, esas escuadras juntamente con las fuerzas navales que quedaron estériles en dicho mar, seguramente hubieran llegado a tiempo para libertar a Puerto-Arturo, e impedir el descalabro de Tsushima.

Más siempre las potencias capitaneadas por Inglaterra, se han opuesto a ello y quien ha salido ganando ha sido Turquía, manteniendo su independencia, en calidad de dique, para oponerse a la expansión del Imperio de los Czares, en el mar latino.

Y ahora con gran extrañeza nuestra, vemos al crucero ruso «Askold» formar parte de la flota atacante, echando por tierra la política británica de tantos siglos.

¿Sucederá en los Dardanelos como en Cattaro?

Marzo - 12 - 1915.



Estudiando pleitos

POR UN ABOGADO

SIN pretensiones de terciar con ilustres escritores en polémicas periodísticas, deseamos, sin embargo, agregar algo por nuestra parte a lo mucho bueno y malo en que estos días corre por la prensa sobre aliados y austro-germanos. La casualidad nos ha hecho conocer varios párrafos escritos, hace algún tiempo, por una indiscutible autoridad y sinceramente pensamos que deben ofrecerse al público sin el más mínimo comentario y sólo con una pequeña explicación de cómo han sido encontrados.

Estudiando un pleito de carácter internacional y al consultar el epígrafe «Tratados» del «Diccionario de la Administración Española» de D. Marcelo Martínez Alcubilla, obra famosa por muchos conceptos e insustituible para los que vivimos del bufete, lo primero que apareció a nuestra vista fué lo siguiente: «*Tratados con Alemania*. Nuestras relaciones con el Imperio alemán son amistosas en cuanto cabe, como lo revelan el tratado consular de 1872, el de extradición de 1878. A punto estuvo de romperse esta situación de paz y recíproco aprecio por las pretensiones de Alemania sobre nuestras islas Carolinas y Palaos, de las que intentó hacerse señora, merced a un acto de fuerza; pero, por fortuna, las gestiones diplomáticas alcanzaron a restablecer el ejercicio de nuestros derechos, solemnemente reconocidos por Alemania en el protocolo de 17 de diciembre de 1885. Merced a tal reconocimiento, reina la armonía entre una y otra potencia, y estas buenas relaciones son ventajosas para ambos pueblos, ya con respecto a sus intereses industriales y comerciales, ya con relación a la política; y España debe procurar cultivarlas sin formar alianzas que puedan serla funestas, como al hablar de Francia e Inglaterra indicamos».

Picado en curiosidad dejé mi asunto y busqué la opinión del famoso compilador de la Novísima Legislación de España sobre los tratados con Francia, y vale la pena de que sea conocida y vulgarizada. En la página 838 del tomo IX de la 5.^a edición aparece para todo el que quiera consultarlo; y dice así literalmente: «*Tratados con Francia*. La historia de nuestras relaciones internacionales con Francia, dice un erudito escritor, nos presenta la política de esta nación animada siempre de un mismo pensamiento, a saber: el de dominar moralmente a España. Con ningún pueblo hemos vivido con más íntimo y frecuente trato, y ninguno nos ha acarreado mayores males y más repetidos quebrantos, ora con sus amistades, ora con sus enemistades... Cuando hemos sido fuertes, la Francia ha procurado debilitarnos; cuando nos ha visto débiles, ha tenido la pretensión de llevarnos atados a su carro para que sirviésemos exclusivamente a sus propias miras e intereses... En efecto; todos los tratados de España y Francia en el siglo XVIII han sido funestos a España; funestos los conocidos con los nombres de *pactos de familia* de 1733 y 1761, que obligaron a Inglaterra a declararnos la guerra y trajeron al país grandes pérdidas de hombres, de dinero y de poderío; funesto el de Basilea de 1795, que valió a Godoy el título de Príncipe de la Paz; funesto y vergonzoso a la vez el de San Ildefonso de 1796, que tantas humillaciones nos trajo y tantos hombres y millones costó a España.... Ojalá que no olvidase nunca nuestro Gobierno aquella triste enseñanza, y que supiese inspirarse siempre en aquellos levantados sentimientos, en aquel sublime ejemplo de amor patrio, y de valor heroico que en guerra titánica sacó a salvo la independencia española, librándonos para siempre, así lo quiera Dios, de la tutela francesa».

Finalmente, completemos esta breve reseña con el párrafo 1.º del epígrafe «Tratados con la Gran Bretaña» de la página 862 del mismo tomo. Dice así: «Inglaterra es, después de la Francia, la nación que ha ejercido siempre mayor influencia en nuestros asuntos. Poderosa por su marina y rica, sobre todo por su comercio, todas las miras de su genio mercantil han de encaminarse al ensanche y engrandecimiento de éste; unas veces amiga y otras enemiga de España, su pensamiento ostensible ha sido impedir que se estrechen nuestras relaciones con Francia, nación que ha rivalizado siempre con Inglaterra en poderío y fuerza. Los desaciertos de nuestros Gobiernos, los funestos pactos de familia y el de San Ildefonso de 1796, de alianza con Francia y en daño de Inglaterra, han de habernos traído, por tanto, inmensos daños..... Ojalá que acerremos en adelante a ser más políticos. Ojalá que huyamos de desastrosas alianzas que jamás pueden sernos provechosas. Inglaterra en su política internacional, más que al bien de las naciones amigas, ha de mirar al suyo propio, y España, teniendo esto en cuenta, no debe ser jamás menos cauta».

Sobran los comentarios y conste, como decimos al principio, que no buscamos discusión periodística y sí solamente dar a conocer al público una valiosa opinión sobre cosas que se discuten en la actualidad. Los párrafos arriba copiados fueron escritos el año 1894. Queden, pues, sentados los hechos y la historia se encargará de mostrar de parte de quien está la razón en el pleito de reconocimiento de valores que se está ventilando. Y nada más por hoy.

Notas de redacción

Grande, espontáneo, como no pudimos imaginar en momento alguno, ha sido el éxito de GERMANIA. Dos ediciones de cinco mil ejemplares cada una hemos agotado, viéndonos obligados — y testigo de ello son nuestros vendedores — a limitar en lo posible los pedidos, sujetando las demandas de ejemplares a un forzoso prorrateo. Hacemos constar esta lisonjera acogida, por lo que ella significa en bien de nuestros ideales.

Para el número próximo, preparamos una novedad, que esperamos habrá de ser bien recibida. La empresa de GERMANIA ha adquirido la propiedad del semanario *Pum* que venía publicándose en Barcelona, destinado al comentario humorístico de la guerra. ¿Cómo no rendir tributo a la actualidad más viva de Europa, casi del mundo entero, porque al mundo entero afecta?

El suplemento *Pum*, en papel satinado, aumentará en 8 páginas las 32 que actualmente tiene GERMANIA, y desfilarán por él las caricaturas más notables de la guerra y texto ameno y escogido. Alternando con el texto irán anuncios de casas importantes de España y Alemania, a fin de que nuestra Revista tenga una utilidad comercial bien conveniente en estos momentos en que se quiere explotar el odio internacional para arrebatarse a Alemania el mercado hispano-americano.

Confiamos en que la innovación será del agrado de nuestros lectores.

Se nos dice por estimados amigos nuestros, que, aprovechando el éxito de GERMANIA, hay quien pretende dar a la publicidad otra revista con el mismo título que la nuestra. Para evitar ulteriores resoluciones, hemos de advertir que estamos dispuestos, apoyándonos en los derechos que nos concede la vigente Ley de Imprenta, a no consentir que se perjudiquen nuestros intereses.